EL OBSERVADOR
Domingo 1º de junio de 2014

El sur visto desde el norte

Por
EDUARDO ESPINA
Desde EEUU

María Rosa Olivera-Williams hace mucho que se fue de Uruguay. Mucho quiere decir muchos años atrás. Pero siempre vuelve. Cada tanto. Los uruguayos nacemos con vocación de búmeran. En 2011, en usufructo de una beca Fullbright, pasó el último semestre del año en la capital uruguaya, avanzando en un libro de investigación sobre el tango, *Los ritmos de la modernización: tango, ruina y memoria histórica en los países del Río de la Plata*, el cual se encuentra en etapa avanzada y tiene todo para convertirse en una de las próximas novedades editoriales con mayor interés. Una de las más reconocidas académicas uruguayas especialistas en literatura y trabajando en Estados Unidos, Olivera-Williams, nacida en el barrio montevideano de Punta Carretas, enseña en la Universidad de Notre Dame, en Indiana. Su más reciente libro, *El arte de crear lo femenino: ficción, género e historia del Cono Sur*, publicado en Santiago de Chile por la prestigiosa editorial Cuarto Propio, estudia el arte narrativo de siete mujeres conosureñas de la segunda mitad del siglo XX, las que hoy pueden ser consideradas partes del nuevo canon hispanoamericano, porque el canon, como la vida misma, cambia y se renueva. Articulada y afable, Olivera-Williams auspicia fácilmente el diálogo fluido.

¿Cuándo y por qué se fue de Uruguay?
En 1976 me fui a Toledo, ciudad a la que había llegado unos años antes como estudiante de intercambio, cuando tenía 14 años. Uruguay vivía momentos muy difíciles, eran los años duros de la dictadura militar. Papá había muerto como consecuencia de un accidente automovilístico. En casa, mamá y mi familia vivían con la angustia de que algo pudiera pasarnos a mi hermana y a mí. Yo había entrado en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Udelar, aunque en ese momento se llamaba Universidad de la República, y algunos de mis profesores tuvieron que exiliarse; otros ya lo habían hecho antes. Mamá me propuso que terminara mis estudios universitarios en EEUU, y la familia americana que me recibió cuando era estudiante de intercambio volvió a abrir sus puertas para acogerme una segunda vez. Terminé mis estudios de licenciatura en la Toledo University, en Toledo, Ohio. Cambié el enfoque de mis estudios y me dediqué a la literatura. Luego ingresé a la Ohio State University, Columbus, Ohio, donde me doctoré en literaturas latinoamericanas y peninsulares.

¿Cuáles fueron los motivos que la llevaron a estudiar literatura y a especializarse en literatura hispanoamericana?
Cuando regresé a EEUU para completar mis estudios terciarios sabía que no podía continuar estudiando Derecho, porque si regresaba a Uruguay el título obtenido en EEUU no me serviría. La literatura fue siempre mi amor, un amor que parecía "prohibido" en los momentos de decidir una carrera "práctica". Bueno, los conceptos tan erróneos de "prohibido" y "práctico" se esfumaron cuando me encontré en EEUU. En ese momento y lugar, estudiar literatura latinoamericana tenía todo el sentido del mundo. Por medio de la literatura, de las representaciones de los afectos, de las texturas de la lengua, y, especialmente, por medio de la tensión dialéctica entre una distancia física del país y la América del Sur y una cercanía afectiva con ese lugar que estaba sufriendo, pude comprender mi cultura. También conocí lo que significa romper con el círculo de la comunidad y de la lengua: se pierde la zona del confort, pero hay muchas ganancias porque todo hay que repensarlo. Asimismo, tuve la suerte de contar con grandes profesores, alguno de ellos exiliados del Cono Sur, como el chileno Grínor Rojo, quien fue el director de mi tesis doctoral. Otro de mis profesores, el gran escritor mexicano José Emilio Pacheco, nos dijo a manera de presentación que nosotros estábamos en el lugar correcto si queríamos estudiar literatura hispanoamericana. En los años 80, EEUU era el lugar donde la literatura hispanoamericana se estudiaba y vivía con pasión; tenía un espíritu politizado. La literatura se entrelazaba íntimamente con otros campos del conocimiento como las ciencias sociales y la historia, pero también con el activismo político. Algo que está ocurriendo nuevamente con los estudios de la memoria.

¿De qué manera el hecho de haber realizado sus estudios graduados lejos del continente, bajo la óptica anglosajona, ha influido y transformado su visión crítica de la literatura hispanoamericana?
En los lugares que estudié y en la University of Notre Dame, donde enseño y escribo, descubrí la libertad en el aula. Como dije, muchos de mis profesores eran latinoamericanos y una de las ventajas de estudiar en EEUU fue descubrir a América Latina y la literatura y cultura latinoamericanas un poco antes de que Uruguay y Argentina se sintieran realmente latinoamericanos. Creo que la óptica anglosajona tiene que ver con la recepción de las corrientes críticas y teóricas del primer mundo. Sin embargo, al haber sido formada por latinoamericanistas, siempre he abierto espacios para el pensamiento latinoamericano que tiene una rica tradición. Algo que he observado, y como ejemplo de ganancias en este reajuste de las Humanidades, es que cuando comencé a enseñar muchos estudiantes le tenían miedo a la poesía. Comentaban que la poesía era un género difícil para ellos en inglés y casi imposible en español. Ahora, sin embargo, una gran cantidad de estudiantes disfruta y entiende la poesía.

¿Puede verse el Uruguay, su literatura y su cultura, con ojos diferentes por haber vivido tanto tiempo fuera o, por el contrario, específicamente en su caso, el hecho de haber pasado la niñez en Uruguay dejó una huella imborrable en su visión del mundo y de la realidad?
Creo que los dos puntos de la pregunta son ciertos. Por supuesto, veo la literatura y la cultura uruguayas con los ojos de esta ciudadana estadounidense que nació en Uruguay y que está tan agradecida al país en que abrió los ojos y le dio su lengua y la marcó con su idiosincrasia, como al otro que contribuyó a formarla, que la hizo más crítica y que abrió sus horizontes. Entro a la literatura producida en Uruguay como investigadora. Estoy afuera de ciertos círculos, aunque reconozco y agradezco la calidez y generosidad con la que escritores, escritoras y colegas uruguayos me tratan siempre.

¿Qué ha cambiado, para bien o para mal, en la realidad académica estadounidense desde que usted empezó a enseñar? ¿Qué se perdió, que se ganó?
Esta es una pregunta difícil de contestar. La realidad académica estadounidense cambió porque la sociedad y el mundo cambiaron. La manera en que hoy nos aproximamos a la literatura, que es el estadio más sofisticado del aprendizaje de la lengua y la cultura, se trate de la lengua propia o extranjera, es diferente porque vivimos una cultura esencialmente visual. Esto no quiere decir que no haya interés en la lectura de textos literarios, sino que hay que despertar el interés por esos textos desde otros medios. Creo que lo que se ganó es un mayor enlace con otras disciplinas. Por ejemplo, en mi universidad, uno de los carriles de estudio que está atrayendo a un número grande de estudiantes es economía internacional, donde los estudiantes toman cursos avanzados, por ejemplo, en la sección de estudios íbero-latinoamericanos en el Departamento de Lenguas y Literaturas Romances, con cursos en economía. Son muy interesantes las contribuciones de estos estudiantes que son altamente talentosos. Este programa confirma lo escrito por Martha Nussbaum en un panfleto de 2010, *Not for Profit: Why Democracy Needs the Humanities* (No por interés pecuniario: Por qué la democracia necesita de las Humanidades): "Todos los estudiantes deben aprender por lo menos una lengua extranjera bien. Ver cómo otro grupo de seres inteligentes ha cortado el mundo de manera diferente, cómo toda traducción es una interpretación imperfecta, le da a un joven una lección esencial en humildad cultural" (página 90). Esta carrera que combina lenguas y culturas que no sean inglés con economía nos da la oportunidad de posicionarnos dentro del ámbito de las Humanidades permaneciendo fieles a nuestras raíces y al corazón de nuestra identidad en el proceso de ampliar nuestro impacto.

¿Sigue habiendo estereotipos identitarios y culturales en la forma cómo nos ven desde el norte?
Sí, creo que sí. Creo que lamentablemente todavía se piensa en América Latina como el lugar donde se prueban ciertas teorías del norte. Un ejemplo, cuando yo llegué a Notre Dame, el Instituto Kellogg de Estudios Internacionales era uno de los lugares más productivos y políticos de la universidad. Desde allí, gente como Guillermo O'Donnell, Alejandro Foxley, entre muchos otros, pensaban y articulaban programas para la redemocratización del Cono Sur. Había un espacio para los grandes pensadores e intelectuales latinoamericanos porque América Latina estaba en crisis. Cuando el continente deja de estar en crisis, ese espacio se cierra, cerrándose la oportunidad del diálogo entre el norte y el sur. Eso debe cambiar. ●